

Carne de mi madera

El Hada Azul

Gustavo Echeconpar

(Se encuentra el hada azul sentada sobre un sillón en su cabaña. Ya está entrando en la tercera edad. Su traje esta corroído y sus alas rotas. Se encuentra bebiendo un whisky y cantando el tango “Cuartito azul” de Mariano Mores. Golpean a la puerta).

Hada —¿Sí? ¿Quién es?

Gustavo —¿Aquí vive el hada azul?

Hada —Pase.

Gustavo —(Joven desalineado. Ansioso). Insisto... ¿Usted es el hada azul?

Hada —Sí, jovencito. ¿Por qué? ¿Qué pretende usted de mí?

Gustavo —Magia.

Hada —¿Magia? (Ríe). Pasa. (Ella vuelve a sentarse).

Gustavo —¿Podría sentarme? Es que me duelen un poco las piernas, y el cuerpo un poco también.

Hada —No es fácil llegar hasta mi cabaña. El bosque es espeso y oscuro. Hay todo tipo de alimañas: Lobos, tigres, pumas... No sé cómo te has atrevido a venir hasta aquí. (Seductora). Pareces ser un jovencito muy valiente. ¿Cómo fue que no te perdiste?

Gustavo —Conseguí un mapa. Me lo dio un viejo carpintero, a cambio de una lata de pegamento. Realmente no sabía si creer que el mapa era de en serio. Pero bueno, aquí estoy... ¿No es así? El mapa era de veritas, de veritas. Todavía recuerdo al anciano despidiéndome feliz. Cantaba una famosa cumbia con su cabeza adentro de la lata de pegamento. (Ríe). Qué gracioso... ¿no?

Hada —Viejo faloperero. Bueno, dime que es lo que quieres, ya que has tenido el tupe de venir a interrumpir mi tanpreciado aislamiento.

Gustavo —Resulta que me enteré, a través de algunas narraciones, que andan dando vuelta por ahí; que usted, el hada azul, supo hace

mucho tiempo transformar la madera de un tal Pinocho en carne. ¿Es así?

Hada —Tampoco fue hace tanto tiempo. Pero... sí, algo así fue lo que pasó. No daré detalles, para no pecar de presuntuosa. No me gusta hacer pedantería de mi poderío.

Gustavo —¡Pedantería! (Se ríe de la palabra pues la considera obscena). Entonces... usted me podrá ayudar. Resulta que yo, tengo un problema semejante a ese, que tenía ese tal Pinocho.

Hada —(Acercándose mimosa). No veo que tu cuerpo sea de madera. Aunque espero que tengas ciertas durezas. (Riendo tonta). ¿No es así?

Gustavo —A veces corto leña, pero me canso rapidito.

Hada —(Manoteando su entepierna). Hablo de otro tipo durezas.

Gustavo —(Ríe nervioso y se aleja del Hada). ¡Ah! ¡Qué atrevida que es usted! (Ríe). Picarona.

Hada —Es el aislamiento, cachorro. (Tomando la varita. Mirando por la ventana). Hay días en que mi varita no alcanza, ni tampoco la ferocidad de los animales del bosque. Cuando veo pasar mis días sola, mirando por esta ventana caer a la nieve como suaves copos de algodón sobre los árboles, me digo a mi misma: Lo daría todo por una buena toronja.

Gustavo — (Que también mira por la ventana). Discúlpeme, pero ese no es un árbol de toronja. Esa es otra fruta.

Hada —¡Ay, querido! Eres perfectamente...

Gustavo —Gracias señora, muchas gracias. Pero mi madre desde chico siempre me ha dicho “Nadie es perfecto, Gustavito, nadie. Así que no te sientas mal”. (Para sí) ...siempre ella me decía...

Hada —Sí, querido, tu madre tiene razón.

Gustavo —¿Me va a ayudar, entonces? ¿Va a hacer madera de mi carne, como lo hizo con Pinocho? (Por la desesperación se lleva puesto un mueble).

Hada —Ya te he dicho que no eres de madera, querido.

Gustavo —Mi profesor de teatro no opina lo mismo. Él me dijo “Gustavo Echecopar. Eres un mueble, un picaporte... Eres pura madera virgen”. Y luego agregó “Estas muerto en vida para el teatro”.

Hada —(Se sienta resignada frente a la situación). Eres más estúpido de lo que me imaginaba.

Gustavo —¿Me ayudará entonces?

Hada —(Toma un libro). A ver... Toma, interpreta este texto.

Gustavo —(Se mete en un personaje mucho más formal e interpreta el texto de la escena anterior): “No quiero. Me resisto a tirar mi próximo texto. Me revelo contra mi carácter de personaje. No diré más nada, ni haré más nada, para complacer a esa dantesca dupla que son: el dramaturgo y el director”. (Sale del personaje) ¿Y? ¿Cómo estuve?

Hada —Yo nada puedo hacer por ti.

Gustavo —Pero si con Pinocho...

Hada —Pinocho era un excelente actor. Pinocho bailaba y danzaba para su público. La gente le tiraba monedas al verlo actuar. Pero tú, siendo de carne y hueso, eres todo un fracaso.

Gustavo —¿No podré actuar?

Hada —No, es una lástima.

Gustavo —A mamá no le va a gustar esta noticia. No le va a gustar nada de nada.

Hada —¿Ella es actriz?

Gustavo —Sí, trabajó en “la extraña dama”. Apareció en dos escenas. Si quiere le muestro el video tape. (Saca el video tape de su bolsito).

Hada —No, no hace falta. ¿Y tú querías ser actor?

Gustavo —¿Yo?... No, para nada. Yo quería ser jardinero.

Hada —¿Y entonces?

Gustavo —Y entonces no podré volver. Me dijo mamá que no volviera hasta ser un actor de raza.

Hada —Y no vuelvas.

Gustavo —¿Y qué voy a hacer?

Hada —(Dicho con doble intención). Podrías ser el jardinero de mi bosque espeso.

Gustavo —¿En serio? Acá hay un montón de plantitas, ¿no?

Hada —Muchas, muchas.

Gustavo —Qué bueno, gracias señora Azul, muchas gracias. ¿Y adónde voy a dormir?

Hada —(Yendo hacia foro y mostrándole la pieza fuera de escena).
Ahí... ¿ves?

Gustavo —Pero hay una sola camita.

Hada —Y está casi sin estrenar. (Ella lo mira y lo palpa seductora. Él se da cuenta de la situación).

Gustavo —¡Ah! Picarona. (Suena el tema “Azul” de Cristian Castro. Ella comienza a perseguirlo. Él le canta la letra. Ella se enamora más aún y lo termina atrapando. Apagón).